

1

Intenté tragar saliva; el humo de las brasas ardientes me envolvía en una tortura lenta y cruel. El ejército real llevaba acampado fuera de la brecha entre nuestro mundo y el suyo desde hacía tres días. Tres días insoportablemente largos. El sombrío tictac del reloj se escuchaba por toda la habitación, y mi corazón se adelantaba a él antes de que pudiera sonar el siguiente segundo.

Me temblaron los dedos cuando me calcé las botas y me até los cordones. La habitación estaba tan oscura como si la noche sin estrellas se hubiera instalado dentro de nuestra casa, pero no me importaba. De hecho, lo agradecía, porque era el único momento en el que podía hacer algo sin que todos observaran cada uno de mis movimientos.

—¿Adónde vas?

Cerré los ojos con fuerza y metí rápidamente la daga de mi padre en el lateral de la bota, antes de que ella pudiera verlo.

—Solo necesito tomar un poco el aire. —Me levanté y me tapé la cabeza con la capucha de mi capa gastada—. Vuelve a dormirte.

Mi madre se cruzó de brazos y esquivó mi mirada

—El sueño me elude. —Sacudió la cabeza—. No deberías salir ahí fuera esta noche.

—Puedo cuidar mí misma.

—Lo sé. —Sus ojos marrones oscuros finalmente se encontraron con los míos—. Pero no tardarán mucho en llegar, y...

—Y yo debería disfrutar de mis últimas horas de libertad como yo quiera.

Tensó la mandíbula al oír mis palabras.

—No te van a llevar como prisionera, Adara. Ser la Astraluz es una bendición de los dioses.

—Por supuesto. —Le hice una reverencia dramática—. Mira la vida que te ha proporcionado.

Ella contuvo el aliento, sorprendida, pero ese no era un argumento nuevo. Mi destino nunca había sido mío y mi madre había aceptado muchos lujos a cambio de su hija. Lujos contra los que mi padre había luchado, por los que había perdido la vida.

Me dirigí hacia la puerta y vacilé cuando la voz temblorosa de mi madre me llamó de nuevo.

—No huyas. Te encontrarán, y las dos pagaremos el precio de tu traición.

Ignoré sus palabras y me recordé a mí misma quién era ella. El pánico me invadió y sentí una punzada de dolor en el corazón. Mi destino estaba en manos de los soldados que me esperaban ante la brecha, pero no iba a llorar por nadie a quien fuera a dejar atrás.

El aire fresco de la noche me acarició la piel como si hubiera estado esperando a que abriera la puerta y saliera. Me eché la capucha sobre el rostro para ocultar mi maldición, salí a la calle empedrada y me dirigí hacia el lugar que debería haber estado evitando.

Las calles estaban desiertas y en silencio. Incluso la pe-

queña taberna que solía rebosar de cerveza y maridos infieles estaba bien cerrada y ni un destello de la luz de las velas se filtraba por la ventana.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no iba a permitir que me dominara el miedo como a ellos. La familia Achlys era poderosa, pero no eran dioses. Si lo hubieran sido, no me habrían necesitado. Nunca había visto a ninguno de ellos. Ni al rey ni a la reina ni al príncipe heredero con quien había jurado casarme. Lo único lo que sabía era que eran fae de alto rango y que la sangre que corría por mis venas era, de alguna manera, la clave para desbloquear su poder latente, un poder letal que anhelaban poseer. Que yo supiera, ninguno de los miembros de la realeza había cruzado jamás la brecha. Tenían hombres para eso, y esos guardias de bajo rango eran los únicos con los que me había topado. Si tenían magia, yo nunca la había visto.

Mi madre decía que no la usaban en nuestro mundo porque no tenían por qué, pero una parte de mí se preguntaba si aún conservaban algún poder. Si no podían hacer magia, no había motivos reales para temerlos. Podría huir, y mi madre iba a ser la única que se enfrentara a las consecuencias.

Sin poderes, dudaba de que ninguno de ellos fuera capaz de encontrarme. Solo las lunas gemelas conocían mis secretos porque me observaban cuando me deslizaba entre las sombras. Todos creían saber quién era yo, y eso significaba que todos creían que yo era la clave de la bendición que confiaban en que la realeza les otorgara una vez que fuera sacrificada.

Mis dedos rozaron los ladrillos al pasar por el último edificio y pisar la hierba húmeda. Conocía el camino que llevaba al bosque mejor que mi propia casa, y me dejé llevar por mis pies, mirando a mi alrededor en busca de señales de que alguien estuviera espíandome.

El límite de nuestro pueblo estaba a solo unos minutos a pie del perímetro de la hendidura, y a menudo me gustaba ir a ese lugar solo para imaginarme cómo era la vida al otro lado. Aunque no parecía diferente del reino sin estrellas.

Los árboles crecían altos y frondosos en los dos lados, y el único indicio de que la falla existía era el fino velo que apenas se distinguía por la noche. Me recordaba a la niebla que cubría nuestra tierra en las primeras horas de la mañana, pero la grieta no desaparecía nunca. Me agaché y pasé los dedos por la magia, y una oleada de emoción me recorrió. Miré hacia arriba y vi cómo la magia retrocedía ante mi tacto, aunque la falla se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Era difícil de explicar, pero la división entre nuestros mundos me resultaba más familiar que mi propio hogar. Era como un viejo amigo al que ni siquiera conocía. Un desconocido que siempre me saludaba.

Esa noche, sin embargo, me parecía diferente: más oscura, de alguna manera, como si me estuviera advirtiéndome que me alejara de ella. Retiré la mano y escudriñé el resplandor.

Había al menos cincuenta soldados acampados en el bosque a unos veinte metros de la falla, y estudié al que montaba guardia en un extremo del campamento.

Su mirada oteaba la línea de árboles, en busca de una amenaza, pero no se había fijado en mí. Habría podido atravesar el claro con facilidad y degollarlo si me atreviera. Si solo fuera un hombre habría sido fácil, pero no sabía qué poderes se escondían tras su expresión despistada.

Deslicé los dedos hacia mi daga, mirando más allá de él para vigilar el campamento. Había varias tiendas que mostraban con orgullo el sello real, y unos cuantos soldados sentados junto a una gran hoguera, riendo y charlando. Tensé la mandíbula al verlos ahí, tan a gusto.

Los habían enviado para llevarse a una chica humana con-

tra su voluntad, pero ese destino no parecía suponer una carga para ninguno de ellos.

El corazón se me aceleró en el pecho mientras los observaba: no eran más que necios de un reino corrupto.

Ninguno de ellos percibía ninguna amenaza. Ni uno solo se preocupaba por lo que los Sinluz pudieran hacerles.

Pero yo no era una Sinluz. Las lunas gemelas brillaban intensamente sobre mí; recorrí con los dedos el rugoso mango metálico de mi daga, un sendero que había memorizado hacía años, pero se tensaron cuando se me puso la carne de gallina. Me volví para mirar a mi espalda y una mano enguantada me tapó la boca.

El pánico se apoderó de mí cuando vi los ojos oscuros que tenía detrás. La mano se apretó con más fuerza contra mi boca, como si temiera que gritara, pero no pensaba hacerlo. Nadie iba a ayudarme y no quería llamar la atención de los soldados fae. Ya me estaban persiguiendo, y lo último que deseaba era que supieran que los estaba acechando.

—¿Qué coño estás haciendo? —me gruñó con una voz grave y sensual que no reconocí; apartó la mano de mi boca y me arrancó la daga de la mano.

—Devuélvemela. —Extendí los dedos hacia la hoja, pero él se apartó rápidamente de mi alcance. Abrió la mano y mi daga quedó envuelta en el humo negro que emanaba de sus dedos. Flotaba en el aire sostenida por su magia. Me quedé sin aliento y mis marcas vibraron contra mi piel. Era como si el desconocido que tenía delante las hubiera despertado de un sueño profundo en el que no me había dado cuenta de que estaban.

—Eso no va a pasar. —Se bajó la capucha y me sonrojé al levantar la vista hacia él. Tenía la mandíbula marcada y los pómulos altos. Su cabello era negro como el cielo nocturno y lo llevaba corto. Y, por los dioses, era hermoso. Un fae de

alto rango, estaba absolutamente segura. Sus orejas terminaban en esa punta tan sutil que siempre delataba a los fae, pero era su belleza antinatural la que revelaba lo que era con tanta facilidad. Eso, y su audacia dominante—. ¿Qué haces al borde de la falla con tan solo una daga para protegerte?

—Puedo valerme por mí misma. —Me había cansado de repetir esa frase, pero la pronuncié de todos modos a pesar de que no le debía ninguna explicación a esta hada.

—¿De verdad? —Extendió la mano y tiró de mí; me estremecí y apenas noté su mano cuando me echó hacia atrás la capucha con un gesto brusco. Echó la cabeza hacia atrás u recorrió rápidamente mi rostro con la vista. No me cupo duda de lo que estaba viendo—. ¿Eres la Astraluz? ¿La bendecida por las estrellas? —Su mano se ciñó alrededor de mi brazo hasta casi hacerme daño, y el pulso se me aceleró bajo su tacto.

—La maldita por las estrellas —lo corregí, levantando la barbilla—. ¿Eres un soldado fae?

No se parecía en nada a los otros soldados que había visto por el campamento. Vestía completamente de negro y no llevaba ninguna insignia de la guardia real.

Dudó un segundo antes de que una pequeña sonrisa apareciera en sus labios carnosos.

—Algo así...

No confiaba en él. Fuera quien fuera ese hombre, sabía que debía mantenerme bien alejada de él.

—Suéltame. —Me solté el brazo de su presa y su sonrisa se amplió hasta dejar al descubierto sus dientes.

—¿Qué hace la Astraluz sola en el bosque en plena noche? ¿No deberías estar descansando para conocer a tu nuevo marido mañana?

«*Mañana*». Al día siguiente iba a conocer al príncipe heredero de Citlali.

—Tengo un nombre. —Me aparté de él y miré hacia el campamento. Los soldados que estaban allí no se habían dado cuenta de que nos encontrábamos en el bosque, a las afueras de su campamento.

—Adara. —Mi nombre sonó como una súplica en sus labios. Me volví hacia él y le escruté el rostro.

—Creo que estoy en desventaja. Tú me conoces, pero yo no tengo ni la más remota idea de quién eres.

Eso solo lo hizo sonreír aún más.

—No soy nadie importante. —Su respuesta me puso de los nervios. No era más que una distracción.

—Entonces, ¿no me vas a decir cómo te llamas?

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, recorriéndome el cuerpo con una mirada lenta. No tenía forma de saber la verdad, pero fuera quien fuera, era poderoso. Irradiaba poder sin pronunciar una sola palabra. Podría ser el príncipe heredero el que tuviera delante, y no habría tenido forma de reconocerlo.

—Me llamo Evren.

—Evren —dije su nombre en voz alta y saboreé cómo sonaba en mis labios—. ¿Vas a ser tú quien me acompañe a mi prisión?

Se echó hacia atrás como si lo hubiera abofeteado.

—¿Consideras tu compromiso con el príncipe heredero una prisión?

—No conozco a ese hombre y me han obligado a casarme con él solo porque ansía el poder que cree que posee mi sangre. Si eso no es entrar en una prisión, ¿cómo lo llamarías?

Dio un paso adelante, acercándose tanto a mí que pude oler un ligero aroma a cuero y a algo más que no lograba identificar. Me tensé cuando sus ojos se oscurecieron y apretó la mandíbula.

—Deberías tener cuidado con lo que dices sobre la familia real —espetó, amenazante. Todo en él me parecía una amenaza.

—¿O qué? —lo desafié, mirándolo fijamente a los ojos mientras mi respiración se aceleraba—. ¿Me encarcelarán? ¿Me matarán? Mi sangre no les sirve de nada si se enfría.

—Has vivido de una forma más que placentera a costa del dinero de la realeza, ¿no es así? —Su tono era cortante y su mirada estaba clavada en mí.

Las ganas de abofetearlo eran abrumadoras, pero me negué a dejar que esa hada viera lo mucho que me afectaban sus palabras.

—No sabes nada de la vida que he llevado.

Era un fae, y no podía ni imaginar los horrores que había en nuestro mundo. Los Sinluz vivían en la pobreza y el miedo. Mi familia había sido bendecida por las marcas de luz estelar en mi rostro y mi espalda, pero al mismo tiempo también estábamos malditos. El favor real nos había proporcionado agua y comida para asegurarse de que no muriéramos de hambre y un techo sobre nuestras cabezas para mantenerme a salvo, pero también me había robado a mi padre. Me había robado mi destino.

Mis mejillas y mi nariz estaban cubiertas de lo que habrían parecido pecas si no fuera por su color dorado claro antinatural, que parecía deslizarse por mi piel. Pero era mi espalda lo que siempre sorprendía a la gente. Esas mismas marcas bajaban en cascada por mi columna vertebral en filas y más filas de luz estelar, y se extendían hacia los bordes como si no pudieran controlarse. Algunas líneas se mantenían pegadas a mi columna, mientras que otras tocaban la curva de mis costillas.

Esas marcas no significaban casi nada para mí, pero lo eran todo para los demás.

—Quizá no. —Levantó la mano y, por un segundo, pensé que iba a tocar las marcas de mi mejilla, pero la cerró y la dejó caer a un lado—. Quizá no seas en absoluto como pensaba que serías.

—¿Has pensado en mí? —pregunté, carcomida por la curiosidad.

—Todos hemos pensado en ti, Adara. —Dio un paso atrás para abrir un poco de distancia entre nosotros; volvió a sujetar mi daga y me apuntó con ella—. Tú determinarás el futuro de nuestro mundo.

El corazón se me aceleró ante sus palabras; me temblaron los dedos al recuperar mi arma de manos de aquel desconocido que me la había arrebatado con tanta facilidad.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si no soy en absoluto como todos pensabais?

Dio otro paso atrás, hacia las sombras de los árboles, pero podía sentir que su mirada seguía recorriéndome el cuerpo.

—Cuento con ello.

2

Solté un gemido cuando el sol se asomó por mi ventana. Era demasiado temprano para que me despertara la falsa promesa de un brillante nuevo día, y más cuando había estado hasta bien entrada la noche vigilando al ejército e imaginándome lo que me iba a depararme el día siguiente.

Había visto a Evren alejarse de mi lado y regresar al campamento. Había pasado sigilosamente entre los soldados apostados ahí y, cuando aparté la vista de él solo por un momento, había desaparecido. Yo había estudiado todo el campamento una y otra vez y no había sido capaz de encontrarlo de nuevo.

Pero no importaba. Evren no era más que un soldado que estaba ahí para hacer su trabajo, y era un trabajo por el que yo lo odiaba. Porque ese día iban a arrancarme de mi hogar y a llevarme a Citlali.

Me tapé con la manta hasta que me cubrió toda la cabeza y cerré los ojos con fuerza para escapar de la realidad del día. Solo necesitaba unos instantes más para soñar; unos instantes más para pensar en cómo habría sido mi vida si no hubiera nacido con unas manchas en la cara y en la espalda.

Bendecida por las estrellas. Menuda broma de mal gusto. Las estrellas no me habían bendecido. Nos habían maldecido

a mí y a mi futuro, y yo no estaba preparada para lo que se avecinaba.

La noche anterior había sido mi primera experiencia con la magia de las hadas, pero sabía que eran capaces de mucho más. Me habían contado esas historias durante toda mi infancia, pero todas me parecían un cuento de hadas oscuro. Me habían explicado que bebían la sangre de los astraluces para alimentar sus poderes. Una costumbre que habían adoptado de los vampiros antes de que estos fueran desterrados de sus tierras. Nada de eso me había parecido real, pero pronto iba a descubrir la verdad.

Evren no se parecía al monstruo que había imaginado en mi cabeza. No se parecía en nada a lo que esperaba de un fae de alto rango.

—Adara, es hora de levantarse. —Mi madre irrumpió en mi pequeña habitación y me arrancó la manta de encima. Llevaba puesto su mejor vestido rosa, que le quedaba perfecto. Se había recogido el pelo oscuro de la cara para dejar al descubierto el brillo de sus ojos.

—Madre —gruñí, y me aferré a las mantas, pero ella ya estaba abriendo las cortinas de un tirón.

—Según nos han informado, los guardias reales ya han recogido el campamento y pronto cruzarán la falla. Tienes que levantarte y vestirte. Hoy es el día en que vas a cumplir tu destino.

Mi destino. Mi madre era una necia si pensaba de verdad que lo que iba a traer el día era otra cosa que no fuera mi sentencia de muerte. Iba a entregarme voluntariamente a las hadas, y sonreía tan tranquila, moviéndose por mi habitación sin vacilar.

Por un momento, me pregunté qué habría hecho si hubieran sido los vampiros quienes hubieran venido a reclamar-me. Me había contado muchas leyendas sobre la Corte

de la Sangre que se encontraba más allá del reino de Citlali. ¿Me habría vendido tan de buena gana también en ese caso?

En el fondo sabía que me habría sacrificado igualmente solo por tener la vida que llevaba en ese momento. La gente de este pueblo adoraba a mi madre. Ella había dado a luz a la Astraluz con la marca más grande en más de un siglo y pensaban que eso la hacía especial, bendecida de alguna manera y supongo que en realidad tenían razón. Dar-me a luz le había proporcionado a mi madre una vida que nunca habría podido tener por sí misma, y solo le había costado a su hija y a un marido al que supuestamente había amado.

—Ya estoy despierta. —Dejé caer las piernas por el borde de mi pequeña cama y me rasqué los ojos. Todavía llevaba puesta la misma ropa de la noche anterior, y supuse que mi madre iba a quejarse de que había ensuciado la cama con ella, pero no dijo ni una palabra, solo se quedó mirándome y tragó saliva con dificultad.

—Necesitas un baño. Luego te peinaré. No puedes llegar al palacio así.

—No quiero ir al palacio en absoluto. —Le supliqué con la mirada, con el corazón retumbando en mi pecho.

Mi madre negó con la cabeza, pero no me apetecía suplicarle que me eligiera a mí. No había nada que pudiera decir que la hiciera cambiar de opinión sobre la decisión que estaba a punto de tomar. Pero aunque cambiara, las dos sabíamos que la realeza le haría exactamente lo mismo que le habían hecho a mi padre cuando había intentado oponerse a ellos.

Y no valía la pena poner en peligro su vida para salvar la mía. Me aparté de ella y entré en el cuarto de baño. Ya me había preparado la tina y rápidamente me quité la ropa y me sumergí en el agua tibia. La tensión se disipó de mi cuerpo, pero no pudo detener la forma en que el pulso me latía acelerado por el pánico con cada segundo que pasaba.

Me sumergí bajo el agua y ahogué los sonidos del mundo durante unos breves instantes. Intenté alcanzar esa sensación que tenía cuando me situaba al borde de la falla, muy por encima del pueblo, donde nadie podía verme. Allí encontraba una sensación de libertad que nunca había sentido en ningún otro lugar, pero ese consuelo me rehuía en ese momento.

Lo único que en lo que podía pensar era en el rostro de Evren y la forma en que sus ojos oscuros me habían escrutado.

«*Tú determinarás el futuro de nuestro mundo*». Esas palabras eran una condena que no estaba preparada para enfrentar.

Saqué la cabeza del agua y jadeé en busca de aire. No sabía qué pensaba Evren de mí, pero fuera lo que fuese, se equivocaba.

—Toma. —Mi madre me tendió una pastilla de jabón, en absoluto preocupada por invadir mi intimidad.

No se apartó de mi lado en ningún momento hasta que acabé de bañarme y me peiné el pelo mojado y enredado. Se sentó en mi cama mientras discutíamos sobre el vestido que me había preparado, aunque yo había decidido ponerme en su lugar unos pantalones oscuros.

Se enfadó cuando me metí la camisa negra que había pertenecido a mi padre por dentro de los pantalones, pero no me importó. Ella había tomado todas las decisiones por mí, pero yo iba a ponerme lo que me diera la gana.

Se ofreció a trenzarme el pelo y a ponerme unas flores que había recogido en el campo y, aunque quería discutir, la angustia en sus ojos me hizo sentarme frente a ella y morderme la lengua hasta que terminó.

—Estás preciosa. —Colocó la última flor y aparté la vista antes de hacer alguna tontería como suplicarle una vez más que no lo hiciera.

Solo un segundo después, las campanas del pueblo repicaron por toda la localidad y el miedo me invadió sin remedio.

—Ya están aquí —susurró mi madre, aunque no hacía falta. Sabíamos qué día era y sabíamos a qué habían venido.

Me levanté y cogí la daga de mi padre de la cómoda para esconderla en mi bota. Mi madre observó mis movimientos, pero no se atrevió a decir ni una palabra en contra.

Me llevó a través de nuestra casa; traté de fijarme en cada pequeño detalle mientras la seguía. Las paredes estaban desgastadas y manchadas por los años, y había flores frescas en la mesita, que solo era lo bastante grande para las dos. No iba a echar de menos nada en particular de aquel lugar porque nunca me había parecido un auténtico hogar, pero era el único hogar que había tenido.

El lugar donde vivíamos antes de eso, el hogar que habíamos tenido con mi padre, era un recuerdo tan lejano que no podía recordar ni un solo detalle. Ya no era más que una sensación, pero más fuerte que cualquier otra en ese lugar.

Mi madre abrió la puerta principal y yo contuve el aliento al oír susurros y algunos vítores de nuestros vecinos. A todos ellos se les había recompensado tan generosamente como a mi madre por vivir con la Astraluz y protegerla.

Como si alguno de ellos pudiera protegerme... Todos estaban aterrados, y su miedo hacía que hasta el último de ellos agachara la cabeza mientras la guardia real cabalgaba por el camino de tierra que conducía hasta mí.

Yo, en cambio, mantuve la barbilla alta en señal de desafío mientras miraba al frente. No iba a agacharme ante los miembros de una realeza que se creían dioses en nuestro mundo por poseer un poco de magia.

Iban a quitarme todo lo que quisieran, pero en contra de mi voluntad. Yo era Adara Cahira de los Sinluz, y aunque les

temía más que a nadie, me negaba a arrodillarme ante ellos. Antes prefería morir.

Los guardias reales se detuvieron delante de nosotras y mi madre cayó de rodillas ante ellos. Me tragué mi repugnancia mientras miraba fijamente al guardia que cabalgaba en cabeza.

Me miró con atención de arriba abajo, hasta que llegó a mis rodillas, y entonces tensó la mandíbula. No me reprendió; desmontó del caballo y se puso ante mí.

—Adara Cahira. —Su voz ronca sonaba como si hubiera pasado demasiados años con una pipa en la boca. Asentí, pero no dije nada. El corazón se me había atorado en la garganta. Busqué a Evren entre los guardias, pero no lo vi por ninguna parte—. Estoy aquí en nombre de la casa de Achlys para reclamarte por tu compromiso con el príncipe heredero de Citlali.

Resoplé y miré a la fila de los demás guardias reales

—¿Estaban demasiado ocupados para venir ellos mismos?

A mi alrededor se oyeron exclamaciones de sorpresa, pero en el rostro severo del guardia apareció una leve sonrisa.

—Así es, Astraluz. —Puse los ojos en blanco al oír ese título; lo odiaba casi tanto como el destino al que me condenaba—. Se espera que lleguemos a Citlali al caer la noche. —Señaló hacia el carruaje que estaba entre el enjambre de guardias, y su madera negra como la noche me hizo estremecer de pavor.

—¿Cuánto dura el viaje? —Intenté que no percibiera mi miedo.

—Un buen rato. —Señaló con la cabeza hacia mi madre, que aún no se había levantado del suelo—. Deberías despedirte de ella. —Bajé la mirada hacia ella; cuando el guardia dio un paso atrás se puso en pie. La emoción me oprimió el

pecho: no estaba preparada para lo mucho que me afectaba ese momento. Llevaba enfadada con ella desde que tenía uso de razón, pero aun así no estaba lista para dejarla.

No quería decirle adiós.

—Sé sensata, Adara. —Extendió las manos hacia mí y me agarró las manos con las suyas, temblorosas—. Haz lo que se espera de ti.

Aborrecí sus palabras. Cada una de ellas me hizo tanto daño como una puñalada en el pecho, pero no me sorprendieron. Eso era lo único que mi madre siempre había querido de mí.

Asentí y la estreché entre mis brazos. No le susurré palabras de amor ni le confesé mi miedo a echarla de menos porque no sabía si ninguna de esas cosas era cierta. Pero ella era todo lo que tenía.

Se aferró a mí y después se apartó y me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja para que todo estuviera en su sitio. Sus ojos de color marrón oscuro, que eran un espejo de mi ojo derecho, escrutaron mi rostro, pero no había más palabras que malgastar entre nosotras.

Una parte de mí se preguntaba si se arrepentía de las decisiones que había tomado mientras me miraba y veía el recuerdo de mi padre en mi ojo azul hielo.

Siempre me había dicho que era mitad él y mitad ella. Mitad mi padre y mitad la mujer que me dejaba marchar con tanta facilidad, pero se equivocaba. No me parecía en nada a ella.

Di un paso atrás y me volví hacia el guardia, que ladeó la cabeza en dirección al carruaje. Di unos pocos pasos e ignoré su mano cuando me tendió la suya..

Me subí al carruaje e inspiré hondo al cerrarse la puerta tras de mí, dejándome llevar por el miedo a mi futuro. El interior era mucho más bonito que cualquier cosa que hubiera

visto en toda mi vida. El asiento era de suave cuero negro con cojines de satén rojo apoyados contra el respaldo de madera.

Me dejé caer contra ellos y me volví para mirar por la ventanilla abierta. Uno de los guardias estaba cargando mi pequeño baúl en el carruaje mientras mi madre me contemplaba con nostalgia, conteniendo las lágrimas.

Aquella imagen me partió el corazón hasta que me fijé en sus manos, aferradas a un trozo de pergamino sellado con el escudo real de color rojo sangre.

Sabía lo que contenía ese pergamino sin necesidad de que ella lo abriera: eso era por lo que me había cambiado. Eso era lo que le habían prometido hacía tantos años, cuando había aceptado de tan buen grado mi compromiso con nuestro enemigo.

Los guardias no se demoraron. Tampoco tenían motivos para hacerlo porque ya habían conseguido lo que habían ido a buscar; pero yo seguía aferrada al asiento mientras los caballos daban un tirón hacia delante y el carruaje comenzaba a moverse.

Con ojos llenos de pánico, eché la vista atrás, hacia mi madre, pero apenas pude encontrarla entre la multitud que se había congregado en la calle. La mayoría me despedía con la mano, con sonrisas en sus rostros cansados, mientras que otros lanzaban flores silvestres blancas en mi dirección.

Era una señal de respeto, algo que normalmente solo hacíamos para honrar a aquellos que habían pasado a manos de los dioses, y el pánico me invadió al verlas caer al suelo.

Tracé el contorno de mi daga mientras pasábamos junto a ellos en un borrón. Solo fueron unos instantes de viaje hasta que llegamos al desfiladero, y observé con ansiedad cómo mi mundo pasaba volando mientras intentaba calmar mi corazón acelerado.

Con cada vuelta de las ruedas de madera de nuestro carruaje mi miedo se disparaba más y más.

Nunca había visto a ningún humano atravesar la falla, aparte de mi padre, y era demasiado joven como para recordarlo de verdad. Se dice que atravesarla altera a los Sinluz y los cambia para siempre con la magia que habita allí, pero había muy pocas historias sobre los Astraluces. Lo único que sabía con certeza era que se decía que, una vez que la atravesabas, nunca regresabas, así que no importaba cómo cambiaran tras atravesar la magia, porque nunca iban a regresar. Como iba a ocurrirme a mí.

Contuve la respiración mientras nos acercábamos al borde de mi mundo y solo abrí los ojos lentamente una vez que supe que debíamos de haberlo atravesado. Los caballos no redujeron la marcha. Continuaron con su ritmo agotador.

Miré por la ventanilla, pero el mundo a mi alrededor no parecía muy diferente del que acababa de abandonar, aunque sí sentía algo distinto. Era difícil de explicar, pero se parecía a lo que había sentido la noche anterior con Evren.

Las marcas que tenía en las mejillas y la columna vertebral parecían estar vivas y sentía un cosquilleo en la piel. Era como si la magia de esa tierra hubiera despertado algo dentro de mi maldición. Pero era más tenue que cuando Evren me había tocado. La magia de ese mundo parecía una versión diluida de la suya.

Me pasé los dedos por la mejilla, intentando seguir esa sensación con las yemas. Era extraña, pero al mismo tiempo formaba parte de mí.

Pasé mucho tiempo recorriendo con los dedos esas marcas con las que había nacido hasta que al fin me volví para mirar por la ventanilla. El paisaje que dejábamos atrás se parecía tanto al de mi hogar que pronto me aburrí de los exuberantes campos y los densos bosques.

Ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado dormida hasta que me despertó la parada del carruaje. Extendí la mano para agarrarme al asiento de enfrente y mi corazón se aceleró al darme cuenta de lo fácilmente que había bajado la guardia con esos hombres fae.

Fuera ya había anochecido y, al salir del carruaje, me di cuenta de que el cielo de las hadas estaba tan desprovisto de estrellas como el mío.

Solo las lunas gemelas brillaban en lo alto y proporcionaban la escasa luz que nos bañaba. Seguíamos cerca del límite del bosque y no vi señales de la ciudad de Citlali.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a uno de los guardias que pasaban, abrazándome a mí misma. El anochecer había traído consigo el frío. Otra cosa que no había cambiado al pasar de un mundo a otro.

—Ya estamos cerca de la capital, señora. —Agachó la cabeza como si me estuviera mostrando respeto, como si yo fuera uno de los miembros de la realeza a la que servía—. Intentábamos recorrer toda la distancia sin detenernos, pero los caballos necesitan agua.

Asentí en señal de comprensión antes de apartarme de él y mirar a lo largo de la fila de guardias. En mi opinión, había demasiados guardias para la tarea que nos ocupaba, pero supuse que prescindir de tantos hombres no suponía nada para la realeza.

Me adentré en la línea del bosque oscuro y un escalofrío me recorrió la espalda. La luz de la luna pareció desaparecer con ese simple paso; escudriñé la hilera de árboles negros y mis marcas me quemaron en la piel.

—Eh, espera. —Un brazo fuerte me rodeó la cintura y caí hacia atrás contra su cuerpo duro, un paso fuera del bosque. Evren. Mi maldición supo que era él antes de que pudiera poner siquiera un suspiro entre nosotros—. El Bosque

de Ónix no es lugar para una Astraluz. Y menos aún si va sola.

Lo miré por encima del hombro y sentí un cosquilleo en el estómago bajo su abrazo.

—No te había visto.

—Eso es porque estabas mirando fijamente hacia los árboles.

—No. —Negué con la cabeza suavemente—. Antes.

—¿Me estabas buscando? —Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—No. —Era una mentira y los dos lo sabíamos.

Su mano se ciñó a mi alrededor, casi involuntariamente, y durante un momento, no dijimos nada.

Evren no me había dado ningún motivo para ello, pero algo en lo más profundo de mi ser me decía que debía temer a ese hombre. Estaba tensa de la cabeza a los pies y el corazón me latía con fuerza en el pecho, pero no fui capaz de apartar la mirada de sus ojos oscuros, ni siquiera cuando esa sensación se apoderó de mis entrañas.

—No te acerques al bosque otra vez sin que alguien te acompañe. —Su voz era una severa advertencia.

—¿Por qué? —Aparté la vista de él para dirigirla al silencioso bosque de nuevo—. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Por qué las hojas son negras? ¿Los vampiros están tan cerca de Citlali?

Se me puso la carne de gallina ante esa idea. Por mucho que odiara a las hadas, les tenía mucho más miedo a los vampiros. Todas las historias que me habían contado sobre ellos hablaban de su crueldad. Mientras que las hadas más poderosas se alimentaban de los Astraluces para obtener sus poderes, los vampiros se alimentaban de cualquiera que les apeteciera. Por comida, por poder, por placer.

—No tienes motivos para temer a los vampiros aquí —dijo

Evren en voz baja a mi espalda, captando mi atención—. Hay cosas mucho peores acechando entre esos árboles.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír sus palabras.

—Entonces, ¿estoy rodeada de enemigos? —Di un paso para apartarme de él e intenté aclarar mis ideas.

—Estás rodeada de amenazas. —Asintió una vez, como en señal de advertencia, y dio un pequeño paso hacia mí. Me miró a los ojos durante un largo momento antes de bajar el tono de voz—. No deberías confiar en nadie.

—¿Ni siquiera en ti?

—Especialmente en mí. —Sus ojos se oscurecieron y sentí un nudo en el estómago por el anhelo, lo que me hizo sentir como una traidora. Ese hombre no era diferente del resto, y haría bien en recordarlo.

—¡Capitán! —gritó uno de los guardias y Evren tensó la mandíbula—. Estamos listos para seguir adelante.

Miró por encima del hombro hacia el guardia, y vi cómo el joven se estremecía. No estaba segura de si era por respeto o por verdadero miedo, pero me temblaron las manos al ver cómo agachaba la cabeza.

No podía confiar en Evren. Él mismo me lo acababa de advertir.

—La futura reina necesita un momento. —Su voz era puro poder, y me provocó un escalofrío.

Me llevó un momento asimilar sus palabras. Había sabido casi toda mi vida que estaba prometida al futuro rey de Citlali, pero nunca me había imaginado como otra cosa que no fuera su propiedad. Oír a alguien llamarme la futura reina me había trastornado.

—Por supuesto, capitán. —El guardia se alejó rápidamente de donde estábamos, y Evren volvió a centrar su atención en mí.

Su mirada seguía siendo oscura y dominante, pero aun así no me atreví a apartar la vista.

—Llegaremos al palacio de Achlys en breve. Deberías prepararte.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?— pregunté sin aliento. —¿Cómo se supone que voy a prepararme para lo que me espera dentro de ese castillo?

No sabía por qué le hacía esas preguntas. Evren era uno de ellos. Era un fae de alto rango y leal a la casa de Achlys. Pero una parte de mí seguía ansiando su respuesta.

—Eres la futura reina de Citlali. Los que residen tras los muros de ese castillo se arrodillarán ante ti en cuanto te vean, al igual que todo Citlali.

—Tú no lo has hecho. —Levanté la barbilla. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras escrutaba mi rostro, y pude ver cómo recorría con la vista la luz de las estrellas que marcaba mi rostro.

—Confía en mí, señora. Me está costando todas mis fuerzas no caer de rodillas ante ti.

Se metió las manos en los bolsillos y, aunque sabía que debería haber retrocedido, sus palabras me hicieron acercarme a él de una forma imposible.

—No me llames así. —Levantó los dedos hasta que quedaron muy cerca de mi mandíbula antes de apartarlos lentamente.

—Deberías volver a tu carruaje. La noche aún es joven y, como la Astraluz, tienes mucho que afrontar ante ti.